

Misericordia



Domingo 24 Domingo del tiempo ordinario

Lucas 15, 1-32: *Habr  alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta. Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos. Entonces les dijo esta parábola.  Qu n de*

vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido. Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión. O,  qu  mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido. Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los  ngeles de Dios por un solo pecador que se convierta. Dijo: Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde." Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se march  a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envi  a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo:  Cu ntos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantar , ir  a mi padre y le dir : Padre, pequ  contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, tr tame como a uno de tus jornaleros. Y, levantándose, partió hacia su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le bes  efusivamente. El hijo le dijo: Padre, pequ  contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus siervos: Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado. Y comenzaron la fiesta. Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la m sica y las danzas; y llamando a uno de los criados, le pregunt  qué era aquello. El le dijo: Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano. El se irrit  y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: Hace tantos años que te sirvo, y jamás dej  de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y  ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo

cebado! Pero él le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.

Reflexión

1. Las tres lecturas de hoy son muy ricas y aparecen unidas en un tema común: la misericordia de Dios. En la primera lectura (Éxodo 32, 7-11. 13-14) Moisés invoca para su pueblo infiel la misericordia de Dios. Y el Señor se arrepiente del mal que pronunciaba contra Israel.

En la segunda lectura (1Timoteo 1, 12-17) San Pablo se muestra como un testigo excepcional de la Misericordia infinita de Dios: *“Yo era un blasfemo, un perseguidor y un violento; pero Dios me trató con misericordia”*.

En el Evangelio, Jesús nos cuenta las tres parábolas de la Misericordia: la de la oveja perdida, la de la dracma perdida y la del hijo pródigo. Sobre todo la tercera parábola la del hijo pródigo, es un testimonio maravilloso de la Misericordia de Dios Padre. Por eso queremos reflexionar ahora, un poco más, sobre esta parábola y su riqueza.

2. La primera parte de la parábola muestra la conducta pecadora y penitente del hijo menor. El camino del hijo es descrito en todo su proceso evolutivo, desde su salida de la casa hasta la miseria y la vuelta a su padre. Hay que ver que fuertes fueron sus pecados contra el Padre. Por la pretensión de recibir la parte que le corresponde de la fortuna paterna, rompe sus relaciones filiales con el padre. Porque según las leyes judías esta pretensión era imposible e insolente. Al hijo pródigo le falta así totalmente el amor y la obediencia a su padre.

Y después emigra con su parte de la fortuna paterna y la malgasta hasta el último centavo. No es sorprendente que él así caiga también en una miseria exterior.

3. Bajo el peso de esta culpa y miseria, hay que ver la actitud del padre: el padre no deja que el hijo haga todo el camino, sino que sale a su encuentro. Tampoco le deja terminar su acusación, ni le reprocha nada, sino lo besa como signo del perdón; le da sandalias, que distinguen al libre del criado; hace vestirlo con el mejor traje como honor extraordinario; y le regala, aun, un anillo - expresión del poder que le confiere. Así le sigue considerando como hijo y celebra con una fiesta su “vuelta a la vida”.

En el padre de esta parábola Cristo quiere mostrarnos la imagen de Dios-Padre. Y esta actitud del Padre celestial se puede comprender sólo desde su amor paterna. Porque sabemos que todo el actuar de Dios es llevado y conducido por amor y mediante amor.

Pero nosotros, quizás, confiamos demasiado en el amor justiciero de Dios: que Él nos ama en razón de nuestros esfuerzos y méritos propios. Contamos con nuestro ser “bueno”, para recibir el amor de Dios, para recibir nuestra recompensa bien merecida.

Pero cuando somos sinceros debemos declararnos como “siervos inútiles” (Mt 25,30). Así, debemos conocer siempre de nuevo, que somos pecadores, que quedamos con nuestras limitaciones y debilidades, que no logramos superarlas a pesar de todos nuestros esfuerzos. Entonces comprendemos que tenemos que vincular nuestra miseria con la misericordia de Dios. Y además sentimos: lo más profundo y lo más lindo del amor paternal de Dios es su misericordia.

Es la imagen de Dios Padre misericordioso: Él ama a sus hijos no tanto por sus méritos, sino porque es Padre; Él no quiere más que amar a sus hijos sin límites. Un verdadero padre no abandona, cuando uno de los suyos está en la miseria. Al contrario, entonces lo ama en primer lugar, porque sabe que necesita del padre, sobre todo, en esa situación difícil. Así, lo hace el Padre en la parábola con su hijo perdido; así lo hace el Padre celestial con nosotros, sus hijos.

No quiere decir, que nosotros mismos no debamos esforzarnos; pero no tengamos por demasiado importante nuestra propia obra. En el fondo sólo es importante la Misericordia de Dios, su amor y su perdón paternal. Por eso también la parábola del hijo pródigo debiera llamarse mejor parábola del Padre misericordioso.

El Dios misericordioso exige de nosotros una condición; así como el hijo lo hizo en la parábola: que conozcamos y reconozcamos en humildad nuestra culpa; que nos arrepintamos de nuestros pecados y faltas; que confiemos en la misericordia de Dios; que volveremos a la casa del Padre. Es la misma actitud que el sacramento de la confesión pide de nosotros.

En este sacramento se hace realidad la parábola del hijo pródigo; se muestra la cara misericordiosa de Dios-Padre a cada uno de nosotros.

Así entendemos que la parábola del hijo pródigo y del padre misericordioso es la parábola, la historia de la vida humana, la parábola e historia de nuestra vida propia: de nuestra miseria y de la misericordia de Dios con nosotros.

Y meditando esta parábola, se despierta alegría, esperanza y consolación en nuestro corazón. Tenemos un Padre tan bueno en el cielo, quien nos ama a pesar de toda nuestra debilidad, más aún: quien nos ama a causa de nuestra debilidad.

5. El testigo eminente de la misericordia infinita del Padre es Jesucristo. En Él se puede ver, como en un espejo, los sentimientos del Padre hacia sus hijos, sobre todo su amor misericordioso. No sólo enseñaba su maravillosa doctrina sobre la misericordia y el amor a todos los hombres, sino que también se compadeció de toda miseria, física y moral. Así Cristo manifestó en su vida una predilección por todos los pecadores, porque, como el mismo dijo, *“no son los sanos que necesitan medico, sino los enfermos”* (Lc 5,31). O como dice en el Evangelio de hoy: *“Os aseguro que habrá mas alegría en el Cielo por un pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”*.

6. Esta misericordia infinita de Dios, manifestada en toda la persona y vida de su hijo, y llevada a la cumbre con la muerte en la cruz, es para los cristianos el centro de todo el mensaje salvador de Cristo.

Pero es también la gran exigencia para nuestra propia vida, como se puede ver ya en la actitud intransigente del hijo mayor en nuestra parábola.

Esto es precisamente la que Cristo pretende: “*Que nosotros seamos misericordiosos, como la es nuestro Padre celestial*” (Lc 6,36). Nuestra misericordia se debe mostrar en nuestras palabras, nuestros juicios y sobre todo en nuestras obras de misericordia. Así obtendremos misericordia, cuando seremos juzgados un día por la práctica de la misericordia que hemos hecho o negado a nuestros hermanos.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt